

EM 2 CULTURA

HERODOTAS

UNA SERIE DE
ANTONIO
LUCAS

CARSON MCCULLERS UNA CASA SIN ACABAR

El abuelo tenía una plantación, tenía 75 esclavos y tenía una nieta que iba a ser pianista. Y todo iba bien hasta que el ruido de una máquina de escribir desbancó a Chopin y la cría se deslizó hacia una vida de literatura, enfermedad, amores cáusticos, alcohol y sufrimientos autoinfligidos. No debió de ser una

A mitad de camino entre William Faulkner y Truman Capote asoma una mujer de ojos vivos, cara de niño zangolotino, nariz luminosa y una estructura general de chica de campo con algo insectivo en el gesto. Parece débil por fuera, pero su alma puede ser tan fuerte como la de un arponero del Cabo de Hornos. Cuanto más piensas en ella, más incalculable resulta su expedición, su fe en las letras, el exorcismo que encontró en la literatura para compensar lo demoníaco de una biografía impulsada por designios oscuros.

En aquel sur norteamericano de la segregación racial nació en 1917 Lula Carson Smith (Carson McCullers para el mundo). En Columbus, Georgia, al este del río Misisipi. El abuelo tenía 200 acres de plantaciones de algodón donde los negros entonaban un *soul* nacido de las fatigas de la explotación. En casa acumularon 75 esclavos en propiedad. Una pequeña fortuna devastada tras la emancipación. El padre de Carson era relojero. La madre amaba la música y narraba historias fabulosas al calor del fuego, como si el mundo fuese una construcción verbal. En este trópico de familia burguesa, la primera aspiración pública de Carson fue convertirse en pianista. Pero sólo era la fachada de un sintoma mucho más vertiginoso: Carson McCullers pasó la adolescencia con el único deseo de encontrar el camino para convertirse en Carson McCullers. «Yo anhelaba sólo una cosa: abandonar cuanto antes Columbus y dejar mi huella en el mundo».

Aún no estaba previsto que la literatura le trenara

aspira a convertirse en literatura. Llevaba 500 dólares, un puñado de pretensiones inéditas y algo de susto. No tenía claro su destino, pero sí sabía cuál era la meta. Una amiga le robó el dinero y la menuda Carson tuvo que buscarse la vida en empleos infames para subsistir en un galpón de mala muerte mientras iba armando cuentos e historias que hacían surco bueno en su ánimo de buscavidas. Fue mecanógrafa, telefonista, camarera, pianista por horas...

Por la mañana se aseguraba un puñado de dólares. Por la tarde escribía. Estaba ya con su primera novela: *El corazón es un cazador solitario*. Ella es su mejor conquista literaria. Ella es el argumento de su corazón vaciado.

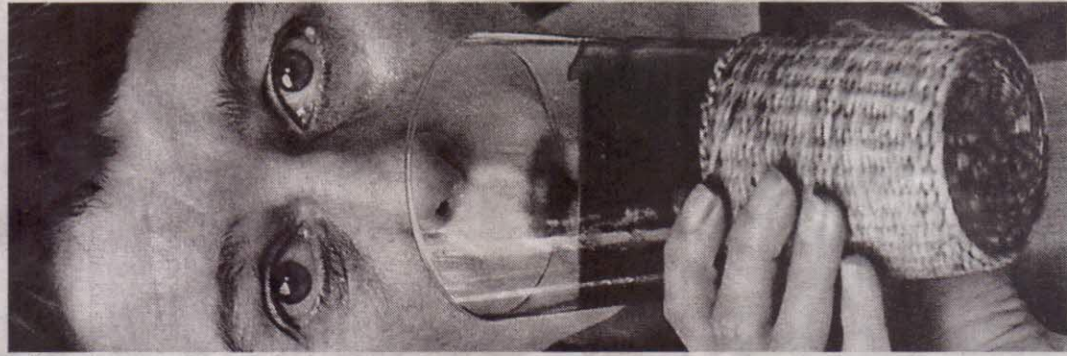
Y aparece un novio, James Reeves McCullers, que le asesta más fuego a la vez que le presta el apellido. Él tiene aspiraciones de escritor. Ella

pero la suiza no alcanza las mismas cosas de pasión. El romance trae consigo ansiedad y unas cuantas palizas del marido. El éxito literario se había instalado en ella en un equilibrio perfecto con el desastre de su intimidad, que encontró cobijo en la comuna que armaron el exquisito editor literario de Harper's Bazaar, George Davis, y el poeta Auden. Estaba en Brooklyn Heights y por allí pasó una tribu insomne de artistas que doblaban madrugadas con botellas de whisky a modo de quinqué: los Bowles, Klaus Mann, Anais Nin, Kurt Weill, Salvador Dalí... En aquella casa donde ella tomó habitación residía también un mono amaestrado que sabía fumar.

El éxito literario de Carson y el fracaso literario de James desembocaron en el mismo sitio: la dipsomanía. *Reflejos de un ojo dorado* está dedicada a Annemarie Schwarzenbach, a pesar de todo. Y es otro éxito. Pero la enfermedad vuelve a rondar a la escritora, ya separada de James y con el que mantendrá hasta el final una correspondencia de amantes que comprenden mejor su complicidad en la distancia, aunque se vuelven a casar de nuevo en 1945 para fracasar con más fuerza. Jamás se distanciaron del todo. A los dos les quedó el fuego de las palabras dentro de esa otra literatura desestructurada que son las cartas de amor de aquellos que se necesitan con el mismo ímpetu con el que se repelen.

En 1941, Carson McCullers, adorada y alcoholizada, sufrió un derrame cerebral que

experiencia del todo grata vivir la vida de Carson McCullers. Verla con cierta distancia es fascinante.



La escritora estadounidense Carson McCullers, en 1961, poco antes de su muerte.

ra por las venas. Pero la aprendiz de pianista perdía la fe en la música de un modo simple: fascinándose con violencia por las palabras. A los 15 años, el padre le regala una máquina de escribir y la cartarra de las letras sobrecoige su espíritu adolescente hasta donde no podía inflamarla el sonido que esconde el marfil del piano. Para entonces había cambiado de héroe: Chopin fue sustituido por el dramaturgo Eugene O'Neill. Ya llevaba el veneno en el cuerpo. Y junto al tóxico de explorar el idioma, apareció también el primer síntoma de la enfermedad en forma de fiebre reumática. Escritura y daño son los dos ingredientes principales de su existencia.

Aún era pronto para saber que Carson McCullers se auparía como una de las escritoras más poderosas del siglo XX. Pero mientras vivía, iba tomando contorno su literatura. Toda su obra de ficción es la más real de las indagaciones sobre sí misma. De sus demonios. De sus asombros. De sus daños. La adolescencia transcurrió entre la música y los sueños. La juventud, entre el apetito de escribir y los infernos siderales que comenzó a acumular por dentro. Tenía 16 años cuando su madre, al despedirla en el andén donde esperaba el tren con el que saldría por primera vez de Columbus, le dijo al oído: «Dentro de poco serás una celebridad. Cuando eso ocurra, no te olvides de quién eres».

Había que alcanzar Nueva York. Es el último viaje musical de Carson McCullers y el primero de una libertad que aun desconoce límites. No llega a estrenar la matrícula para piano de la Juilliard School of Music. Ella estaba ahí, impulsiva y fiera, porque en Manhattan se podía triunfar cuando una

lo es decididamente y con más talento. Se casan en una boda pobre. Viven en concheros miserables. Él busca trabajo. Ella remata *El corazón es un cazador solitario*.

Acaba exhausta y regresa a Columbus para descansar. El agotamiento empieza a darle el morse de una segunda historia, *Reflejos en un ojo dorado*. Está rota por dentro, pero escri-

be, escribe con furia. Regresa a Nueva York junto a James y la primera novela sale a la calle. El impacto es grande y quizá inesperado. Era 1940. La crítica aclamó aquel libro: «Es el mayor descubrimiento de la década». El prestigio de Carson crecía al compás del creciente *looping* animico de su personalidad. La revista *Harper's Bazaar* clava las garras y le propone publicar los primeros capítulos de *Reflejos de un ojo dorado*. La vida empieza a dar señales de alivio. A Nueva York llegaron Erika Mann y Annemarie Schwarzenbach, W. H. Auden y unas decenas más de intelectuales de la *troupe* celeste de Europa. Y todos recalaban en McCullers.

Carson escribe, enferma y bebe con solvencia suicida. La convivencia con James es cada vez más difícil. Empieza una trama de relaciones cruzadas más allá del bien y del mal. Se enamora de Schwarzenbach fieramente,

le paraliza parte del cuerpo. Se recupera y comienza un trasiego de viajes que ahondan aún más el edificio en ruinas de su salud. Escribe los cuentos de *Balada del café triste* y otra novela, *Frankie y la boda*, pero ya no es tan selvática y arrebatada. Está ya en el desbarancadero. Sufre dos nuevos derrames cerebrales. Ha hecho de su percepción de inadaptada el mejor motivo de su literatura. Los últimos años de su biografía son exactamente calamitosos. Una creadora poderosa sometida a una larga derrota orgánica. Adorada y temida. Adorada y huída. Adorada y sin suerte. Después de mil avatares torcidos y de 45 días en coma, Carson McCullers falleció por fin a los 50 años. Había empezado a escribir sus memorias, *Iluminación y fulgor nocturno*, donde dejó escrito: «El trabajo y el amor han llenado casi por completo mi vida. El trabajo no siempre ha sido fácil; cabe añadir que el amor tampoco lo ha sido». Jamás se mintió, tan sólo soñó de más como hace cualquiera que sabe contar su propia existencia más allá del infierno que vulnera su mente y del esguince constante que marca su vida.

La escritura fue el más puro fluido de su conciencia, pues el talento literario siempre fue por delante de su destroz. Tuvo algo de casa sin acabar. De ruina antes de tiempo. Adorada Carson.